

EcoEvangelio

III DOMINGO DE PASCUA

Lucas 24, 35-48



III Domingo de Pascua Lucas 24, 35-48

Desde el Resucitado iniciar un camino de conversión ecológica



Leemos en bancomundial.blogs, que «tan solo en 2020, la cantidad de personas que viven en la pobreza extrema subió de 88 millones a 115 millones debido a la pandemia. El cambio climático podría empujar hasta 132 millones de personas adicionales a la pobreza de aquí a 2030». En este contexto de pobreza mundial en medio de la pandemia, puede explicarse el acento que el Papa Francisco ha puesto en su reciente carta enviada al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional. En ella se afirma: «Como consecuencia de la pandemia de Covid-19, nuestro mundo se ha visto obligado a enfrentarse a una serie de graves e interrelacionadas crisis socioeconómicas, ecológicas y políticas... Estamos en deuda con la propia naturaleza, así como con las personas y los países afectados por la degradación ecológica y la pérdida de biodiversidad inducidas por el ser humano».

El Papa confirma el problema unitario que vivimos; no son dos crisis separadas sino una sola crisis socioambiental. Los cristianos no podemos “mirar para otro lado” y desentendernos de las heridas de nuestros hermanos y las de la tierra. Con esta conciencia adentrémonos en el Evangelio de este domingo y descubramos las huellas del Resucitado.

En la lectura de la Palabra, tanto de este domingo como del anterior, el Señor invita a sus discípulos a reconocerlo: «Él se presentó en medio de ellos y les dice: “Paz a vosotros”. Pero ellos, aterrorizados y llenos de miedo, creían ver un fantasma. Y el les dijo: “¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo. Dicho esto les mostró las manos y los pies» (Lc 24, 36-40). A través de Lucas vislumbramos que el Señor se aparece como hombre, pero no como era antes de la muerte, por eso los discípulos no lo reconocen en un primer momento. Se presenta él mismo -un hombre de carne y hueso - y al mismo tiempo se presenta el Nuevo hombre, con una vida nueva, ahora perteneciendo totalmente a la esfera de lo divino y eterno (cf. Benedicto XVI).



Para nosotros la vida nueva del Resucitado, que ya vivimos desde nuestro bautismo, nos da esperanza y es prenda segura de la propia resurrección futura. Pero, mientras caminamos en este mundo, estamos llamados a vivir desde su espíritu, reconociéndolo realmente presente en la Eucaristía y en nuestros hermanos más pobres y necesitados. Jesús mismo se identificó con ellos en su vida terrena (cf. Mt 25,40). En este sentido «Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona» puede traducirse como «mírenme en los pobres, soy yo en persona». Por eso, no resulta extraño que la opción o amor preferencial por los pobres sea una forma especial del primado de la caridad que afecta nuestra vida de cristianos como imitadores de Cristo (cf. DC 385). Y en el contexto actual, en el grito de los pobres aunado al de la tierra, se esconde un llamamiento que viene de Dios (cf. DC 382) que no podemos ignorar, antes bien integrar como parte del discipulado cristiano.

Integrar en nuestra vida la opción cristiana por los pobres y por la tierra tiene consecuencias muy básicas, como el asumir en la propia vida la virtud de la pobreza, con el uso correcto de los bienes materiales (cf. DC 388), y desde aquí revisar nuestra forma de consumo que va más allá de lo que podemos pagar o comprar. Porque, querámoslo o no, nuestra forma de consumir contribuye para bien o para mal al problema de la pobreza y de la degradación ambiental.

Por lo mismo, podríamos comenzar a tirar del hilo, y preguntarnos: ¿la ropa que vestimos, los alimentos que comemos, los productos de aseo personal y de limpieza doméstica que usamos, los productos tecnológicos que utilizamos, etc., han sido elaborados en condiciones de trabajo muy duras e inseguras?, ¿su producción implicó la devastación de selvas o bosques y provocó el desplazamiento de sus habitantes?...

La vida nueva del Resucitado nos interpela en nuestra forma de consumo cotidiano. Si queremos, podemos modificar nuestros hábitos con pequeños detalles y consumir más responsablemente; esto es lo que llamamos iniciar un camino de conversión ecológica. «No hay que pensar que esos esfuerzos no van a cambiar el mundo. Esas acciones derraman un bien en la sociedad que siempre produce frutos más allá de lo que se pueda constatar» (LS 212).

Hna. Gladys De la Cruz Castañón HCJC
Edición: Hna. Raquel Fuentes EIN

Clic para descargar y compartir el post del EcoEvangelio.

